

EL MUNDO CÓMICO

DIRECTOR PROPIETARIO,
JUAN J. VILLANUEVA.

SEMANARIO HUMORISTICO

SE PUBLICA LOS DOMINGOS)

DIRECTOR ARTÍSTICO,
JOSÉ LUIS PELLICER.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En MADRID: un mes, 4 rs.; número suelto, un real; En PROVINCIAS; un mes, 5 rs.; tres meses, 13 rs.; número suelto, un real 50 céntimos. — PORTUGAL; tres meses, 16 rs. — FRANCIA, INGLATERRA é ITALIA: tres meses, 20 rs. — AMÉRICA Y FILIPINAS: semestre, 8 ps. fs.; un año, 5½ ps. fs.—

Se suscribe en las principales librerías de Madrid, Provincias, Extranjero y Ultramar, y directamente ó por medio de letra ó libranza en la Administracion de este periódico, plaza de San Nicolás, núm, 8, segundo. Se admiten sellos de comunicaciones, pero en carta certificada.

LOS NIÑOS DEL DIA. — POR PEREA.



— ¡Vaya unos muñecos!...
— Señora, que usted nos insulta,

PRECOCIDAD DE LOS NIÑOS EN 1874. — POR PEREA.



— Señora... yo... amo... á...
— Pues hable usted con papá.

EL DOLOR DE MUELAS.

MEMORIAS DE UN DESGRACIADO QUE SE QUEDÓ SIN NINGUNA.

— ¡Ay, cómo me duelen!... ¡Ay!... ¡Ay!!... ¡Ay!!!
Necio de mí; y yo que dudé un día de la eficacia de ese mal!

Por supuesto... ¡ay! ¡qué digo, un día! un día, y un mes y un año... ¡toma! hasta que me dolieron de veras.

¡Bien me acuerdo! Frisaba yo en los veinte abri-les cuando sentí como quien dice el presagio de ese dolor, que no sé si apellidar *agudo* ú *obtusos*.

Habia tomado pasaje para Barcelona en un vapor de ruedas. La hora de la partida iba á sonar.

Dí un adiós á la gente de tierra; la lancha que conducía mi persona y maletas atracó junto á un costado del vapor; aferré con mi mano la escalera; izé por ella hasta cubierta mi entonces sandunguero cuerpecito y... ¡zás! dí fondo en la toldilla sentándome junto á una morena jóven y hermosa, que ¡oh dicha! viajaba sola.

Espléndida era la tarde, tibio y perfumado el ambiente, el mar parecía un espejo cristalino, la primavera del año y de la vida batía sus alas sobre nosotros.

Tenia yo en aquella dichosa edad un corazón más inflamable que el fósforo, y además un *aquel* que... Ver á mi compañerita de viaje, fijarme en ella y cuasi amarla fué cuestion de segundos.

Quince minutos más tarde ya la estaba diciendo:— Es usted una morena hermosísima, con unos ojos y una gracia, y una boquita... ¡Válgame Dios! ¡qué no daría yo por aspirar cariñosamente el aliento embalsamado que anida en esa gruta de corales y perlas! En este punto me interrumpió la viajera con un ¡ay! desgarrador que me dejó confuso.

Yo no sospechaba siquiera que aquellas *perlas*

(quiero decir sus muelas y sus dientes), pudiesen hallarse carcomidas por el gusano de la *carie*, más así era por desgracia.

La pobre tuvo que retirarse á poco al camarote femenino donde pasó el resto de su viaje en un continuo alarido, sin comer, sin beber, sin dormir y hasta sin marearse en fuerza de lo intenso del mal.

Sentí el percance que tal vez me privaba de una aventura en ciernes, pero...

A poco la campana de á bordo llamó á los pasajeros al comedor. Entro en él; veo que el camarero que iba á servirnos la comida llevaba atado un negro pañuelo al rededor de su macilento rostro, lo cual hacía asemejar su cara á la de esos guerreros de carton que velan junto al Sepulcro del Señor en Viernes Santo, y

— ¿Qué tiene usted, buen hombre? le pregunté caritativamente.

— ¡Ay! me respondió el interpelado con tono lastimero y aproximando suavemente la mano á una de sus mandíbulas, ¡ay, señorito! un dolor de muelas... *rabioso*.

— Cero y van dos; ¡zape! dije yo entonces á los compañeros de mesa.

Con cuyo motivo la conversacion comenzó á rodar por el campo de la Odontalgia. Se habló de Santa Apolonia y de doña Apolonia Sanz; se dieron mil y un remedios para calmar los dolores; se trató de su mayor ó menor intensidad real, y en semejante punto.

— Lo que es por mi parte, dijo un caballero de barba larga que en la mesa me hacía el *vis á vis*, no creo que el tal dolor sea tan fuerte como se empeñan en suponer los pacientes. Desengañense ustedes, se trata de un mal propio de mujeres en estado interesante, y con eso creo que basta para no dudar que existe exageracion respecto á su cacareada intensidad. Yo á lo ménos, treinta años cuento y en buen

CROQUIS MATRITENSES. — POR LUQUE.



Efectos de la vigilancia nocturna.

hora lo diga, ni sé qué es dolor de muelas, ni espero saberlo nunca.

A estas necias palabras respondí yo con otras parecidas, asintiendo á sus opiniones y alabándome también estúpidamente de que jamás me había acometido semejante dolor.

Pero sin terminar se hallaba aún mi discurso, cuando el señor de la barba que estaba bebiendo entonces eso que llaman una *copa de agua*, cesó repentinamente en su natural faena; nos miró á todos con ojos azorados, abrió una boca más grande que el buzón de Correos, dejó escapar de entre sus dedos el cristal, que se hizo añicos al despeñarse de la mesa al suelo, y soltó al fin una especie de bramido más digno que del hombre, de la fiera.

¡Pobrecillo! Acababa de sentir en su boca el primer cañonazo, como quien dice, de un fuerte dolor de muelas.

Todos los comensales no pudieron menos que sonreír maliciosamente ante la evidencia del mal y el recuerdo del discurso. En cambio yo trataba de ex-

plicarme el suceso, atribuyéndole á la frialdad del agua, que por ser tiempo caloroso, servían casi helada, pero en el fondo de mi corazón, lo que me parecía ver era la mano de la Providencia castigando sus imprudentes palabras, y se me abochornaban las carnes recordando las que yo había pronunciado.

¡Vaya un susto que pasé! Tres días más tarde, después de hallarme en tierra, y aún harto lejos del vapor y sus doloridos huéspedes, confieso ingenuamente, que del miedo no me tocaba al cuerpo la camisa.

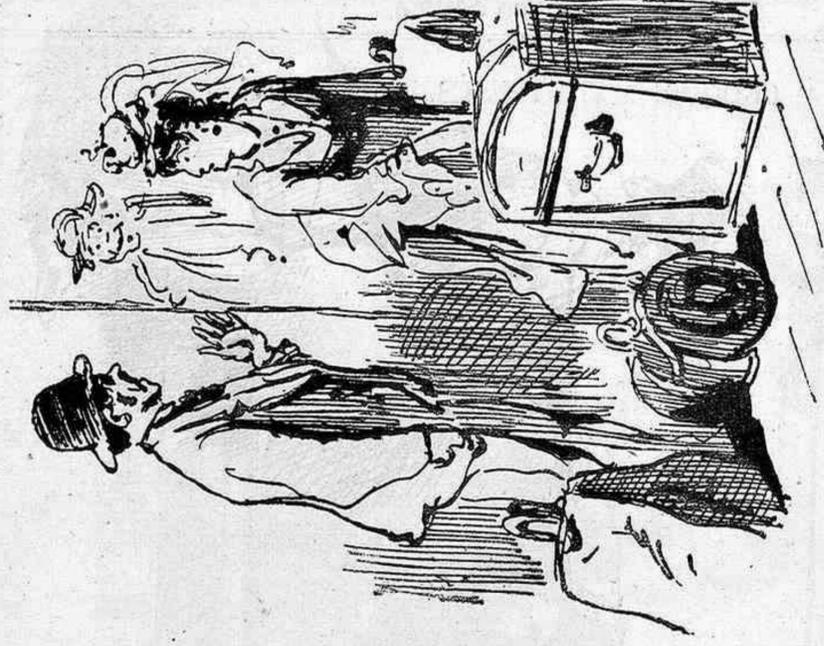
Aquello no fué más que un preságio, lo comprendo; sufrí tan sólo *moralmente*, pero bien desde entonces comencé á soñar con frecuencia en que me dolían las muelas. Y al cabo una noche, ¡noche terrible! desperté sobresaltado, sintiendo que me escarbajeaba en la encía derecha, algo muy fastidioso y desconocido para mí. — ¿Será el dolor consabido? exclamé entonces para mi almohada, procurando, aunque en vano, conciliar el sueño, que huía de mis párpados, y apartar de mi imaginación la idea de

REVISTA DEL MES DE NOVIEMBRE

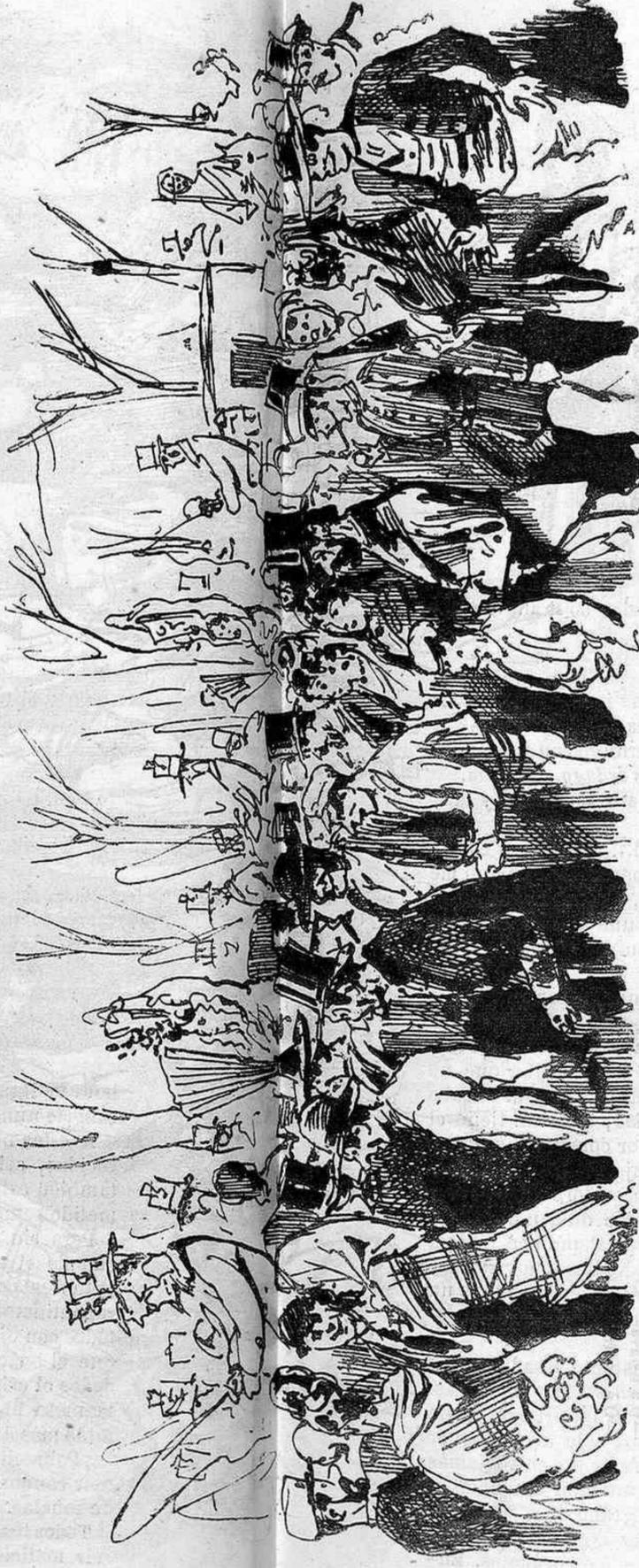
por
P. M. S.



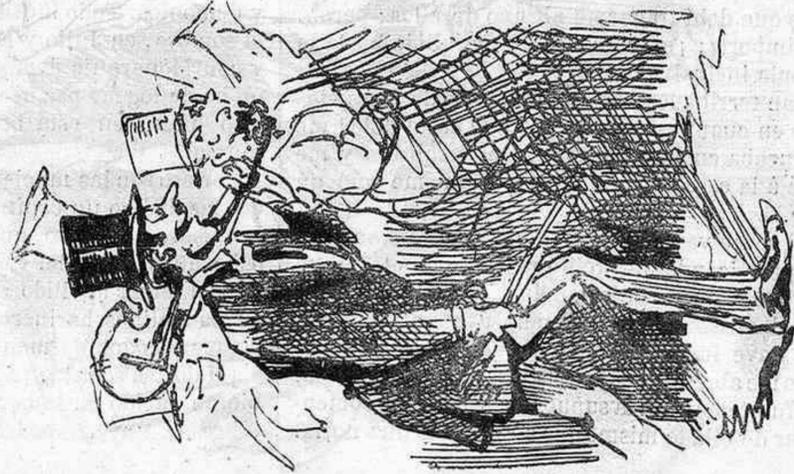
—Vamos á Variedades, papá.
—O á Eslava.
—O á Romea... ó á...



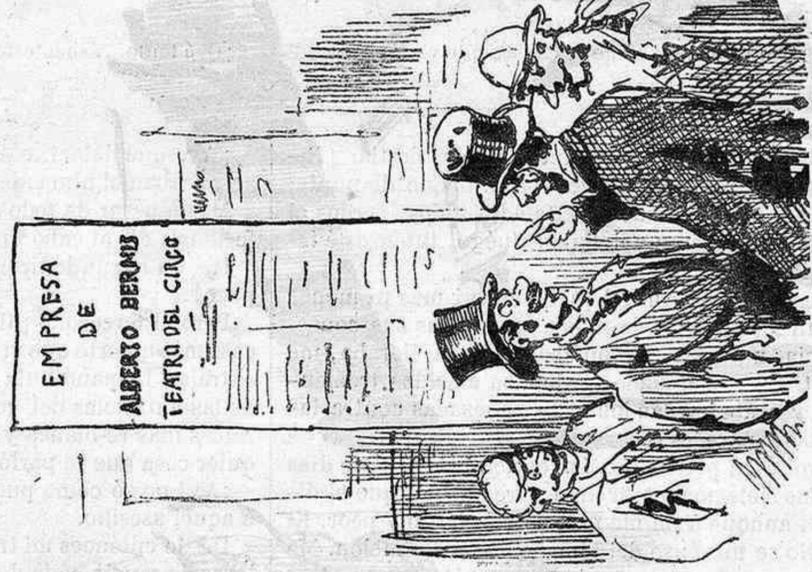
—En tu vida pienses salir de Madrid, Paquita; porque estoy harto de baños, de carlistas y de...



¡¡A la Plaza nueva!!



Los conciertos con la música á otra parte.



—¿Quién será ése?
—Algún desertor de Arderius...



—¿Qué hará ese zaragozano?... ¿por qué no lloverá

EFECTOS CONTRARIOS. — POR URRUTIA.



¡Qué insolente! cómo se conoce que voy sola.



¡Qué tonto!... se lo estoy indicando y no se atreve á...

aquella tan extraña como incipiente molestia. ¡Bobería! Poco á poco la marea fué subiendo de punto: comencé á sentir en la boca unos latidos, sordos al pronto, más claros y definidos luégo, intensos é irresistibles á la postre.

¡Desgraciado de mí! Aquello era ni más ni ménos que un fuerte dolor de muelas con todas sus consecuencias naturales. Yo bufaba, pateaba, lloraba, me arrastraba por el suelo, exhalaba alaridos tremendos, y acababa dándome de cabezadas contra las puertas y paredes.

Pero... ¡ni por esas!... La tormenta duró siete dias con sus siete noches; treinta y tres ménos que el diluvio, aunque á mí me pareció más largo y peor. El carrillo se me puso del tamaño de medio melon. Me visitaron varios saca-muelas, pero ninguno se atrevió á meterle mano á la mia.

Por fin y como trueno final de esa semana horrible, la dichosa muelecilla reventó en mil pedazos lo mismo que si se hubiera tratado de una mina cargada.

Sospecho (ó más verdaderamente) casi estoy seguro de que debí tragarme alguno de ellos; pero... no me importa; ¡así me hubiera engullido hasta la mandíbula inclusive!

Con tan terrible escarmiento, excuso decir á ustedes que en cuanto sentí otra vez que el tal dolor me hormigueaba en la boca, agarré el sombrero y me trasladé á la casa de un dentista, lo mismo que un rehilete.

Aquel santo varon (por no llamarle otra cosa) comenzó practicando un prolijo reconocimiento por el enemigo campo de mis muelas, despues se arregangó el antebrazo, echó mano á eso que llaman ellos la llave inglesa (¡vaya una llave, caballeros; por poco me abre... en canal!) la introdujo en mi boca, agarró fuertemente á la supuesta culpable, y comenzó á tirar de ella lo mismo que si tirase de una noria.

¡Ay, qué dolor!... A mí se me imaginaba que me arrancaban el alma, las entrañas ó cosa así.

Mas á pesar de todo aquel verdugo con título profesional, dió al cabo un tiron *de ordago*... y nada.

Dió un segundo tiron más fuerte todavía.. ¡y tampoco!

Pero al tercero... ¡al tercero!... cuando yo estaba casi más muerto que vivo, me pareció sentir que me extraían la mandíbula y... *chi*, el bárbaro me sacó de las entretelas del corazon, una muela con tres raíces más re-blanca y más sana que la hi de cualquier cosa que le parió.

¡Ay! no sé cómo pude contenerme para no matar á aquel asesino.

Desde entónces mi triste vida es un rosario de dolores de muela y de dolores de dentista. La que no me revienta como una granada, se queda al cabo entre las uñas de un saca-muelas, que áun tiene el atrevimiento de pedir dinero por consumir ese acto tan propio de la ferocidad salvaje. Yo me he puesto aguardiente y creosota, kennisa y cloroformo, clavo y demonios. Todo inútilmente. Me duelen al sol y á la sombra, en Julio y Enero, con República federal y con Monarquía democrática. Nada; está visto que no he de lograr paz ni reposo mientras me quede un solo hueso en esta boca, purgatorio de mi existencia.

Por eso son las muelas mi constante pesadilla; por eso las dedico un capítulo entero en mis memorias. Las aborrezco tanto, que reñí con mi primera novia ocho años ántes del casamiento, sólo al averiguar que su tercer apellido era *Muela*, y no entro jamás en los molinos harineros porque tienen ese nombre las piedras que desmenuzan el grano.

¡Malditas sean!... ¡Así en vez de muelas me hubieran nacido en la boca víboras ó escorpiones. Entónces... ¡ay!... podría siquiera haber tenido el

EL ARGUMENTO DEL DIA. — POR PELLICER.



—¿Podría usted prestarme cinco duros?

—Hombre, quisiera poder complacer á usted, pero con motivo de los carlistas...

gusto... ¡¡ay!!... de estrangularlas á todas por mi mano, y... ay! ay!! ay!!!... ¡Santo Cristo de la Seo! ¡cómo me aprieta ahora la última que me queda!

— POR LA COPIA,
P. Ximenez Gros.

EPIGRAMAS.

Fuí con la alegre Tomasa
á buscar habitacion,
y en la calle de Luzon
al fin encontramos casa.
Ella, con aire indigesto
hizo de mí cuanto quiso,
llevándome al primer piso
y acabando por el sexto.

Luis Taboada.

Descolorido ha quedado
este paraguas morado
que he comprado á usted, Vicente,
por un color permanente...
— ¡Toma! ¡si se habrá mojado!

A. Ribot y Fontseré.

A UNA ROSA MARCHITA.

MADRIGAL.

El aura matutina
abrió tu cáliz, rosa purpurina;
y el aura de la noche
cerró tambien tu delicado broche.
Así, un día de Mayo,
vi mecerse la dicha en lontananza;
llegó la noche, y á su tibio rayo
vi, como tú, marchita mi esperanza,
¡ay! de la noche al día
va mucha diferencia, rosa mia.

Constantino Gil.

CASO.

Por no ver á su suegra don Simon,
murió, y tranquilo estaba en su panteon;
mas de allá á poco tiempo quiso el hado
que á la suegra enterraran á su lado.
Desde entonces, lo digo sin rodeo,
¡ni áun en la paz de los sepulcros creo!

Liborio C. Forset.

EL AMOR Y LA MÚSICA.

Nada en este mundo se halla tan relacionado con la música como el amor.

Desde el momento en que el dios Cupido asesta á un corazón sus asediados dardos, puede decirse que empieza ya á *solfear*.

Todas las esperanzas, todas las ilusiones que se forja un corazón enamorado, pueden venir por tierra si no oímos una nota de música; un *si*.

Si veis en el paseo, en el teatro, en cualquier sitio, una muchacha de esas que hacen entrever... la mar de cosas, bien pronto la seguireis y no dejareis de ir la sirviendo de escolta hasta que fije su atención en vuestra persona, después de lanzar unas cuantas miraditas, de esas que son capaces de derretir á un santo de piedra. Pues bien, ¿habrá alguno que niegue que esto es un *andante*? Desde luego que no. Lo que ocurre es que este *andante* comienza por ser *piu lento*, lo que pudiéramos llamar un *andantino*, y que un amor queda reducido á ir detrás como un perrito, á hablar á hurtadillas y á enviar cartitas por medio de la criada, que viene á ser el que reparte los papeles en una *orquesta*.

El *andante* sigue en *crescendo*, esto es; median ofrecimientos de casa, presentación á la mamá, cesando el andar jugando al escondite. Pero no para aquí, sino que de *crescendo* se convierte en *fortissimo*, cuando se pasan á palabras mayores, tales como perder el tiempo, *matrimonio* y otras, que algunas veces dan por resultado la *coda*, esto es, volver al principio haciendo una *fuga*.

Dos enamorados son la personificación de un *duo* eterno que nunca acaban de *cantar*, por más que sus aspiraciones sean convertirlo en *tercetto*.

Los plácemes y enhorabuena que se dirigen á unos recién casados, no es más que un *coro* entonado por los concurrentes al acto. En esto suele haber sus correspondientes *solos* con un *obligado* de lágrimas, que no viene á ser otra cosa que un *golpe de efecto*.

Por otra parte, vemos también la relación que media entre el amor y la música hasta en las edades, que según sean éstas así es el *compás*. En un muchacho, en lo que se llama un *pollo*, el *compás* que sigue es el de *vals*. Los llamados *gallos* ya no siguen más que el de *polka*; y los que pasan de estas dos categorías ya no se atreven más que con el de *habanera*.

Por supuesto que el amor las más de las veces no viene á ser más que *música celestial*.

Y para concluir, en el amor hay muchos *aficionados* que no hacen más que mal *leer* su *partitura*; pero en cuanto á buenos *artistas*, que lo *digan* con verdadero *sentimiento*, de éstos hay muy pocos.

J. M. Loredó.

—¿Quién es ese caballero que pasea la carrera con tanto lujo?

—Un banquero.

—¡Banquero!

—De *cabecera*.

Juan Antonio Barral.

—¡Desgraciado! ¿Qué vas á hacer con esas pistolas?
—¿Qué qué voy á hacer? ¿Qué qué voy á hacer? Pues bien, las voy á vender.

Dos paletos presenciaban en el Español la representación de *El Zapatero y el Rey*.

—¿Cuál es el zapatero? preguntó el uno.

—Hombre, no sé; porque todos parecen zapateros.

—¿Qué te parecen aquellos versos míos de ultratumba que hice el año pasado? preguntaba un amigo á otro.

—Que debías titularlos de *ultra-timba*.

A UNA BEATA.

Dígame usted, doña Rosa;
lo que la lleva á usted á misa
y la pone tan nerviosa
que llega á inspirarme risa,
¿es misa ó es otra cosa?

Yo la he visto á usted rezar
vertiendo copioso llanto,
y olvidarse del altar
para rezar á otro santo...
que no me atrevo á nombrar.

Hay quien quiere suponer
que fervor no debe ser
lo que entretenerla pueda;
no digo que esto suceda,
pero puede suceder.

Y hasta llega á presumirse,
resumiendo antecedentes,
que usted trata de evadirse
para que malignas gentes
no tengan de qué reírse.

Yo admiro su fé cristiana
y rechazarla no quiero,
mas de saber tengo gana
á qué sube un caballero
de noche por su ventana.

Ascension tan peligrosa
estuve observando absorto,
y llegué á ver otra cosa
que por ser muy tenebrosa
si la recuerdo, me corto.

Esta distracción tan pura,
que al más malicioso alcanza
carece de travesura,
dígame usted, en confianza:
¿se la confiesa usted al cura?

Luis Taboada.

MOVIMIENTO ARTÍSTICO Y LITERARIO.

Un nuevo periódico ha comenzado á publicarse, llevando por título *El Perro Grande*. Como su nombre indica, cada número cuesta 40 céntimos de peseta y la suscripción 8 reales al mes. ¿Les parece á ustedes caro? Pues, señores, no lo es; porque semanalmente repartirá entre sus abonados una multitud de premios en metálico. Esta publicación está destinada á ser indispensable para las clases menos acomodadas.

—Hemos recibido un ejemplar del precioso almanaque con caricaturas que en Lisboa ha dado á luz nuestro colaborador artístico Bordallo Pinheiro. Sus condiciones materiales son inmejorables, y en cuanto á la parte artística omitimos todo elogio que pudiera creerse apasionado. Con decir que es de un dibujante tan justamente reputado como nuestro amigo Bordallo está dicho todo.

CHARADA.

Musical *prima*, y pronombre,
y fruta *dos* con *segunda*:
el *todo* su dicha funda
sólo en imitar al hombre.
Fácil es de adivinar
sin un estudio profundo;
la solución en el mundo
dos primera dos verás.

Estanislao Salvadó.

(La solución en el próximo número.)

MADRID. — IMPRENTA DE T. FORTANET.

Calle de la Libertad, núm. 29.